

LA VIDA COMUNITARIA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Reflexiones en torno a una dificultad que proviene de una forma de entender la “Misión” en la Compañía)

Armando Raffo S.J.

Introducción.

Más allá de raras y notables excepciones, la vida comunitaria en la Compañía de Jesús no alcanza las cotas mínimas que proclaman nuestras últimas congregaciones generales así como el magisterio de los PP. Arrupe y Kolvenbach. Nos cuesta rezar juntos y celebrar la eucaristía a nivel comunitario con cierta frecuencia; son pocas las comunidades que hacen proyectos comunitarios que van más allá de horarios y algunas actividades en común y menos las que han hecho discernimiento comunitario. Compartimos con los demás religiosos y religiosas dificultades de diversa índole como son: trabas personales y grupales, distancias culturales y generacionales, abismos teológicos e ideológicas, y otros etc. No obstante, consideramos que existe una dificultad casi inherente al carisma ignaciano; dificultad que, por otra parte, se apoya en ocultas soberbias y disfrazadas omnipotencias. Se puede decir que hay como una dificultad específica de los jesuitas para la vida comunitaria que tiene que ver con aquello que nos distingue.

Esa dificultad suele presentarse como falta de tiempo. ¡No tenemos tiempo para las reuniones ni para las oraciones comunitarias o los retiros y los trabajos de la casa porque la misión requiere de todo nuestro tiempo! El gran argumento para no ir a los actos comunitarios ni asumir tareas de la casa o de la vida en común es el celo por la misión encomendada.

No son pocos ni desconocidos los argumentos que se esgrimen en ese sentido; que la Compañía es un cuerpo para la misión, que ya San Ignacio no puso el coro para que los jesuitas pudieran dedicarse más intensamente a la misión, y que lo nuestro es para repartirnos por la viña del Señor en el lugar que se nos encomiende. Todo lo que tenga cierto tufillo a vida monacal o capitular es rechazado como contrario a nuestro carisma y a una novedad que el Señor quiso regalar a su Iglesia a través de Ignacio y los primeros compañeros. Por todos es bien conocido que esa forma de centrar la consagración en la misión fue algo novedoso en la época de San Ignacio y que, de alguna manera, hizo surgir una nueva espiritualidad en la vida de la Iglesia. Se puede decir que esa espiritualidad, a diferencia de lo más corriente en aquella época que realizaba la alabanza de Dios en el templo y a través de la oración explícita, busca alabar al Señor a través del ejercicio de la libertad en las elecciones y decisiones que el cristiano debe tomar a lo largo de su vida.

Si concebimos la “misión” como ese trabajar para cambiar o mejorar algo, es lógico que nos dediquemos a trabajar al límite de nuestras energías y que la comunidad sea una especie de hotel amable en el que podamos reponer fuerzas y proveernos de las cosas necesarias para mejor trabajar. Esa forma de entender la misión caracterizó la vida de la Compañía por largos años porque la misma Iglesia entendía la evangelización como el crecimiento de la cristiandad que algún día alcanzaría a todo el orbe.

Hoy en día nadie duda que el Vaticano II descubrió otro horizonte para el quehacer de la Iglesia al subrayar su esencia como “sacramento” y la finalidad de la misma en el anuncio del Evangelio. La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que El venga (LG. 8).

Como es obvio, la Vida Religiosa que solo se entiende desde y para la Iglesia ha sido desafiada por el Concilio a beber de sus propias fuentes y a dialogar profunda y radicalmente con las nuevas situaciones. Consideramos que de ese proceso surge una nueva forma de entender la misión para los religiosos en general y para los jesuitas en particular. El Decreto sobre la adecuada renovación de la Vida Religiosa (Perfectae Caritatis) es muy claro al respecto.

En los párrafos que siguen pretendemos recoger esa nueva forma de entender la misión que supone para los jesuitas otra forma de entender la vida comunitaria.

1. Los religiosos, signos proféticos del Reino de Dios.

El Concilio Vaticano II define la Vida Religiosa como un don del Espíritu a la Iglesia que “manifiesta”, “testimonia”, “proclama” y “prefigura” los valores del Reino de Dios. (Cfr. LG, n 44; PC. N. 1) Medellín, por su parte, subraya que ese don del Espíritu a la Iglesia es profético (12, 2). Se puede decir que la misión de los religiosos en la Iglesia y en el mundo es la de ser signos proféticos del Reino de Dios, signos que denuncien la situación de pecado y anuncien el plan de Dios para los hombres. El “signo” es algo que dice algo a alguien; una realidad que habla, más aún, que su esencia es hablar, decir y testimoniar algo a alguien.

Desde esa perspectiva el signo para decir algo a alguien debe expresarse en categorías inteligibles para los hombres y mujeres de las distintas épocas y culturas; de lo contrario, no dice nada o llama la atención por eso mismo de ser inaudito o totalmente ajeno a lo “normal” dentro de una cultura. Si bien es posible concebir contextos en los que lo único que se pueda hacer sea eso: una especie de objeto extraño que despierte alguna pregunta o inquietud, lo más normal es que tengamos que discernir la forma de ser signos en el seno de culturas con raigambre cristiana.

Se percibe con facilidad que el signo ha de cambiar o evolucionar tanto cuanto se transforme el contexto en el que vive y se expresa. La pregunta que siempre debería estar presente en nuestras búsquedas, discernimientos y planificaciones es ¿cómo ser signos para esta gente, o esta cultura? Si no la respondemos con seriedad y acierto corremos el riesgo de tener historias bonitas que contar pero no seremos fermento del presente.

Cada grupo religioso debe ser signo profético según el carisma que le es propio. Así, podríamos decir que los monjes contemplativos, entregándose a la oración y al trabajo cotidiano, dicen al mundo que lo único verdaderamente importante es Dios, que no hay que afanarse por las cosas pasajeras sino vivir para las que nunca habrán de pasar. No se trata de que todos se hagan monjes. También podríamos decir que la madre Teresa de Calcuta y sus hermanas, dedicándose a acompañar y atender a los moribundos, gritaron a este mundo, caracterizado por apreciar lo útil y eficaz, que toda vida humana es extremadamente valiosa a los ojos de Dios más allá de que esté a punto de morir o se

trate de alguien lleno de vitalidad, juventud y fortaleza; así proclamaron un valor del Reino de los cielos y movieron a mucha gente en ese sentido. Es poco probable pensar que en la mente de la madre Teresa de Calcuta estuviera crear tantas comunidades cuantas fuesen necesarias para atender a todos los moribundos sin asistencia que hay en el mundo. Ella fue movida por el Espíritu Santo para denunciar la frialdad y el utilitarismo de este mundo y anunciar el amor de Dios con realidades que ya tienen el sabor de lo que habrá de venir en forma definitiva.

Lo mismo podríamos decir de todas las Congregaciones y sus obras porque los religiosos no estamos para copar el mundo sino para testimoniar el amor de Dios. Un ejemplo muy querido por los jesuitas de América Latina podría ser el de Fe y Alegría que hace todo lo posible por llevar la educación a sitios donde no existen medios ni instituciones para ello, pero no se propone asumir toda la educación del continente en forma permanente. Ojalá los estados y la sociedad civil asuman esa tarea como corresponde a cualquier sociedad que haya descubierto, aunque más no sea en sus aspectos más elementales, la solidaridad del género humano. En el camino hacia esas situaciones los religiosos y los cristianos en general debemos elevar signos proféticos que denuncien el pecado y anuncien lo que debe venir.

2. Signos al estilo de Ignacio y los primeros compañeros.

Es evidente que los jesuitas no somos monjes porque Dios nos ha llamado a ser servidores de la misión de Cristo haciendo y transformando; nosotros somos signo de los valores del Reino en muy diversos trabajos y ministerios. Ahora bien, nuestro hacer y trabajar no es para cambiar el mundo en base a nuestras propias fuerzas y pese a quién pese. Lo nuestro es ser “signos” haciendo y transformando, predicando y exhortando, estudiando y orando, en fin, hablando del sueño de Dios a través de nuestras obras y emprendimientos. Hemos de ser signos para que otros se entusiasmen y comprometan en el seguimiento de Jesús pero no para construir un mundo a espaldas de los hombres o por la fuerza del poder que podamos obtener. Como dice González Faus: El triunfo de Dios no podrá consistir más que en la consagración de la libertad del hombre, hasta la libre respuesta de éste. Y esta libertad como libertad liberada, no radicará tanto en el poder o no poder decir que no, sino en el hecho de que su sí no esté condicionado absolutamente por nada distinto del amor (La Humanidad Nueva, Bilbao 1984, p. 171).

A partir de lo antes dicho se entiende que el P. General insista en que no debemos identificar trabajo y misión. Hablando a los superiores de Francia reunidos en Chantilly sobre la identidad de nuestras comunidades dijo: No un monasterio, no un convento, sino una comunidad para la misión, a condición, sin embargo, de que la misión no se identifique sólo con el trabajo. Si misión quiere decir únicamente trabajo, la comunidad para la misión será inevitablemente devorada por las exigencias del trabajo (Chantilly, 1996).

Por otra parte, el P. General en las “Directrices para los superiores locales” de 1998 afirma que: La vida comunitaria es ya por sí misma parte integrante de la misión, en cuanto testimonio de comunión, por cuanto personas para nada predestinadas a vivir en común proporcionan al mandamiento nuevo del amor la posibilidad de ser algo más que una bella y utópica exhortación de Cristo, de realizarse de hecho en la existencia humana.

¿Por qué hemos de identificar la misión con el trabajo y no con el estilo de vida que llevamos? ¿acaso no “predicamos” con nuestra vida y con las opciones que vamos haciendo en cuanto comunidad? Es de temer que por eso de ser “profesionales de la evangelización” estemos especialmente expuestos a una tentación que consistiría en darle tanta importancia a nuestro trabajo, “a nuestra profesión” que todas las otras cosas tales como la vida comunitaria o la misma oración quedaran relativizadas o incluso despreciadas.

¡Cómo hablar de la fraternidad que el Padre espera de nosotros si no construimos fraternidad allí donde vivimos! ¡Cómo decir al mundo que es posible crear una fraternidad basada en el amor de Dios que supere diferencias ideológicas, generacionales y culturales si no utilizamos todos los medios que tenemos a nuestro alcance para acoger esa gracia en nuestra vida cotidiana!

Pienso que el mismo sentido de “misión” está detrás de las declaraciones del P. Ignacio Zabala, actual presidente de la CONFER de España, en la revista Vida Nueva cuando afirma que los religiosos tienen que dar testimonio de un tipo de vida derivado de nuestros votos, ser personas con sensibilidad y amor verdadero y universal a la gente. Nuestro reto es éste, más que ser muy eficaces con nuestras obras. Y esto también se puede hacer siendo menos (Cfr. Vida Nueva, 31 de Enero de 2004).

3. El activismo: causas y efectos.

La identificación de misión y trabajo deviene fácilmente en activismo y éste produce otras muchas cosas que, ciertamente, no son queridas por Dios. Transcribo a continuación algunos párrafos de una carta que envió el P. Juan Luis Orozco S.J., Provincial de México, a sus hermanos el año pasado: *De mi experiencia previa a ser nombrado Provincial y ahora en estos últimos tres meses de variados encuentros con jesuitas me queda la impresión de que la gran mayoría de los jesuitas trabaja mucho. (...); pero ciertamente trabajan mucho y en no pocas ocasiones de más, desatendiendo en no pocos casos la salud, el sano descanso, la vida comunitaria y el cultivo de una profunda relación con Dios. Tengo la impresión que en no pocos casos somos candil de la calle y oscuridad en el propio corazón. En no pocos de nosotros hay, al menos en algún grado que va siendo creciente, soledad que seca y deprime, pérdida del sentido de la vocación y de la Misión, individualismos excluyentes. El por qué de este exceso de trabajo, va desde un celo apostólico indiscreto ante las grandes necesidades y urgencias con las que convivimos diariamente, a fuga y falta de atención a nuestros propios problemas y heridas, a necesidades de reconocimiento y significatividad. Normalmente se da de todo un poco, con énfasis en alguno de ellos. El resultado va siendo que poco a poco, de forma muchas veces insensible, se va perdiendo la motivación de nuestro celo apostólico inicial. Empezamos anunciando a Dios y su Reino, y no pocas veces acabamos anunciándonos y buscándonos a nosotros mismos, y anunciando nuestro propio imperio o cacicazgo. Al no tener tiempo y cada vez menos para fomentar nuestra intimidad con Dios, expresar nuestra gratitud y pequeñez de criaturas; al no alimentar nuestra fe y el sentido de nuestra vocación y Misión; al no tener tiempo para buscar y discernir la voluntad de Dios y hacer de ello la pasión de nuestra vida en común; se va perdiendo el sentido de nuestra vida y la centralidad de Dios en ella. Y ante esta realidad, que con menor o mayor grado se va colando lentamente en nuestras vidas, muchas veces empieza una soledad que angustia y la necesidad de compensaciones para tratar de llenarla.*

Por otra parte el P. Orozco en una carta personal me decía: *Tal vez a la base de una forma de vivir actualmente la vida religiosa, al menos en parte, está una concepción teológica o tal vez simplemente antropológica donde se le da al propio trabajo la categoría de ser él quien salva y redime. (...) no es el Señor Jesús y su Espíritu que nos ha sido dado quienes nos salvan, sino es nuestra propia actividad. Y ésta ciertamente mucho más concebida de una manera individual que como un trabajo en equipo. Es Mi trabajo, ni siquiera nuestro trabajo, el que salva. (...). Desde esta perspectiva, desde esta concepción teológico-antropológica es en la práctica imposible ordenar la propia vida a vivir abiertos y a la escucha del Espíritu. La vida comunitaria y el trabajo en equipo se vuelven muy superficiales y meramente de oportunidad o convivencia. (...). Tenemos que buscar en común. Ir creando una conciencia común. Animarnos más a comunicarnos profundamente y menos a crear teorías o meras racionalizaciones.*

Las afirmaciones antes expuestas son como un botón de muestra de una dimensión muy profunda de nuestra vida que no podemos obviar ni esquivar. No debemos identificar la Misión con el trabajo ni con las eficacias que podamos ostentar. Nuestro servicio a la misión de Cristo debe abarcar toda la vida personal y grupal; la Compañía es un cuerpo para la misión y no una mera plataforma para que yo despliegue mis destrezas y capacidades.

Hoy en día no podemos ser signos proféticos del Reino de Dios si no asumimos con mas seriedad la vida comunitaria y el trabajo en equipo.